

ingente labor investigadora en la documentación inédita, la obra es modelo a seguir en el análisis del tema de la muerte.

Daniel Piñol Alabart es Profesor de Paleografía y Diplomática de la Universidad Rovira i Virgili de Tarragona. Ha participado en diferentes congresos y colaborado en las revistas *Anuario de Estudios Medievales*, *Kesse*, *Recull e lligalls*.

Roldán Jimeno Aranguren  
*Universidad de Navarra*

**Verger, J.**, *Les gens de savoir dans l'Europe de la fin du Moyen Age*, París, P.U.F. 1997, 240 pags. ISBN 2 13048764 5, 138 FF.

Première partie. Les fondements de la culture. Chapitre Premier.- Les savoirs. Chapitre II.- Les études. Chapitre III.- Les livres. Deuxième partie. L'exercice des compétences. Chapitre IV.- Service de Dieu, service du prince. Chapitre V.- Savoir et pouvoir. Chapitre VI.- Le monde de la pratique. Troisième partie. Realités sociales et image de soi. Chapitre VII.- Hommes nouveaux ou hérétiques?. Chapitre VIII.- Ambitions et représentations. Chapitre IX. En guise de conclusion. Des docteurs aux humanistes: continuité et innovations.

Las numerosas síntesis históricas sobre las universidades medievales no siempre han prestado interés a la configuración de los intelectuales como grupo social. Más preocupados por describir el nacimiento, funcionamiento y modos de vida de las instituciones académicas, los estudios clásicos a menudo prescinden de los sugestivos puntos de vista que la sociología histórica puede aportar sobre los universitarios, sus competencias intelectuales y su capacidad para darles utilidad social y política. Jacques Verger aborda en una cuidada síntesis, bien documentada y expuesta con amenidad, los fundamentos culturales, las atribuciones y el papel social de las *gens de savoir*, en los siglos XIV-XV. Justamente, la transición de la Edad Media al Renacimiento y la correlativa complejidad de las sociedades occidentales, es un momento privilegiado para analizar el peso que la profesión intelectual -religiosa, literaria, jurídica o técnica- ha tenido en el nacimiento del estado moderno. En esta época los intelectuales (quizá el vocablo más adecuado para traducir *gens du savoir*) tienen efectivos e influjo suficiente para considerarlos grupo específico y agente de los cambios que configuran la Modernidad.

La primera parte del trabajo está dedicada a los componentes de la cultura *savante*. Los fundamentos teóricos e instrumentales son el latín, que conserva su valor como signo de reconocimiento social y lengua de la memoria, y el pensamiento aristotélico, verdadera *koiné* del raciocinio. La teología, la medicina y, sobre todo, el derecho aparecen como disciplinas dominantes, mientras que están ausentes las artes mecánicas y las ciencias profanas y lucrativas. Aunque desde el siglo XIV crece el interés por las escuelas elementales, el mayor peso social y político sigue correspondiendo a las

universidades, que se multiplican en el mundo germánico y ofrecen una gama cada vez más completa de saberes. Para Verger no hay declive de estos establecimientos en la Baja Edad Media, y la supuesta regionalización y restricción social han de ser matizadas, a la vista de la movilidad de los estudiantes y el marco privilegiado de sociabilidad que son los colegios mayores. La difusión del papel abarata el libro y parece crecer el tamaño medio de las bibliotecas, aunque éstas sigan siendo fundamentalmente privadas y de contenido uniforme. La imprenta, que se desarrolla lentamente, no modificó de inmediato el saber, salvo en el caso de las élites humanistas italianas: los textos medievales se imprimen antes que los antiguos.

Más sugestivos resultan los tres capítulos de la segunda parte, dedicados a esclarecer la función de las capas cultivadas. La docencia universitaria sólo era la actividad predominante entre teólogos y decretistas, mientras que médicos y juristas ejercían prácticamente su profesión. La Iglesia y el Estado favorecen la formación de sus servidores, desde los altos dignatarios aviñonenses al clero parroquial inglés, el más ilustrado entre las iglesias nacionales, y desde los letrados de la administración central francesa a los numerosos oficiales laicos de las ciudades italianas. El servicio a los poderes seculares o eclesiásticos representa a fines de la Edad Media una forma de compromiso político, más allá de las funciones jurídicas o administrativas habituales. Todavía los consejos de los príncipes están dominados por sus parientes y los nobles de alto rango, pero las gentes cultas, aun siendo simples funcionarios, podían ejercer cierto peso en el gobierno, gracias a las solidaridades estudiantiles y familiares del grupo. El ejercicio de la actividad privada liberal, generalizado por médicos y abogados e incluso por intelectuales "intermedios" como maestros de escuela, cirujanos y notarios, aporta a la vida cotidiana elementos de la cultura universitaria.

La tercera parte del estudio plantea un interesante dilema sobre la novedad o renovación de las élites ilustradas. Su creciente relieve ¿obedece a un fenómeno generalizado de ascenso social de capas modestas, o a una reconversión funcional que garantiza la continuidad de antiguas jerarquías?. Los tres últimos capítulos y en especial el VII ofrecen quizá el análisis más sutil y atractivo del libro. Los estudios de corte prosopográfico, en boga actualmente, permitirán cuantificar a los miembros de los grupos eruditos y conocer su extracción social. A falta de investigaciones de largo alcance, Verger advierte la necesidad de valorar múltiples parámetros de la cada vez más compleja dinámica social. La ambición no es la única causa del acceso a los estudios. Se daban también otros requisitos, como la pertenencia a una clientela o una red de relaciones y, sobre todo, la disponibilidad de recursos económicos. La promoción académica no siempre es vertical: así la capa de los mercaderes accede a la universidad tras ocupar cargos financieros, y aún después de acercarse a la cultura, en muchas familias coexisten los mercaderes y los juristas. La nobleza feudal, salvo en el caso de los segundones tradicionalmente destinados a la carrera eclesiástica, no llega en

general a la universidad. En cambio, las familias ennoblecidas al servicio del rey y los patricios urbanos manifiestan un interés creciente por la cultura. En definitiva, puede decirse que las elites sociales se adaptan a las mutaciones culturales y políticas por la conjunción de la idea antigua de nobleza y de nuevas formas civiles y eruditas de servicio al príncipe o a la Iglesia. En ningún caso puede hablarse de casta cerrada y aislamiento de la universidad en el siglo XV. La imagen que tienen de sí los intelectuales va perdiendo la impronta clerical, sobre todo en el sur de Europa: la clerecía a fines de la Edad Media era un valor cultural. De la sociedad nobiliaria se copian los privilegios y la distinción aneja a la profesión. Urbanidad, profesionalidad y politización son los tres rasgos esenciales del grupo intelectual. La supuesta oposición entre saber medieval e ideas nuevas no es tal: de los doctores a los humanistas no hay ruptura sino adaptación.

La clara trabazón temática y adecuada proporción entre texto y citas bibliográficas, hacen de este libro un útil instrumento académico, en la línea consagrada de la editorial P.U.F. Como ocurre a menudo con otras obras francesas, detrás de un título genérico hay un tratamiento eminentemente "nacional". El autor, consciente de ello, justifica el empleo preferente de ejemplos franceses por la proximidad a los lectores. Ciertamente hay referencias comparativas a otros ámbitos europeos, Inglaterra, Italia, Alemania, pero un lector hispano no puede menos que sentirse defraudado: de las seis referencias peninsulares sólo una procede de una monografía especializada en el tema cultural. En este caso no se trata de ignorancia o desinterés por los estudios de nuestro entorno. Existe en España un importante déficit de trabajos dedicados a las elites ilustradas. Las síntesis de M. Pilar Rábade sobre las universidades medievales (Madrid, Arco, 1996) y de Andrés Barcala sobre las españolas (*Anuario de Estudios Medievales*, 1985) son buena prueba de ello: los autores apenas pudieron manejar más que bibliografía genérica, referida a los centros académicos. Este libro es un buen reto para acometer análisis profundos de las *gens de savoir* hispanas.

Jacques Verger es profesor de la Universidad de Paris-Nord y vicepresidente de la Comisión Internacional para la Historia de las Universidades. Ha dirigido la *Histoire des Universités en France* (Toulouse, 1986) y con G.P. Brizzi, *L'università dell'Europa* (Cinisello Balsamo, 1990-1995, 6 vols.). Es autor asimismo de *Les universités françaises au Moyen Age* (Leyde, 1995), *La Renaissance du XIII<sup>e</sup> siècle* (París, 1996), *Instituzione e sapere nel secolo XIII* (Milán 1996) y *L'essor des universités au XIII<sup>e</sup> siècle* (París, 1997).

M<sup>a</sup> Raquel García Arancón  
Universidad de Navarra